



Geografías desde el Sur

ISSN: 1853-6026

Nro 10 -oct. 2023

CENTRO DE INVESTIGACIONES GEOGRAFICAS

Director Adriani, Luis
Subdirectora Pintos, Patricia
Secretario Arturi, Diego

Consejo Directivo
Adriani, Héctor Luis
Zappettini, María Cecilia
Pérez Ballari, Andrea
Carut, Claudia
Feliz, Mariano

Comité Editorial

Arturi, Diego, Botana María Inés, Carut Claudia, Del Río, Juan Pablo,
Féliz, Mariano, Langard, Federico, Merino, Gabriel, Murgier, Néstor,
Narodowski, Patricio, Nieto, Daniela, Relli Ugartamendía, Mariana,
Silva, Miguel Ángel y Zappettini, Maria Cecilia

Equipo Editorial

Directora

Pohl Schnake, Verónica

Secretario

Báez, Santiago

Coordinación Editorial

Margueliche, Juan Cruz

Dossier: "40 años de Democracia en Argentina"

Entrevista a Rogério Haesbaert

Geografía, debate y desafíos en las democracias latinoamericanas

Santiago Báez

Becario doctoral CONICET. Centro de Investigaciones Geográficas, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata (CIG, IdIHCS, CONICET/UNLP)

El Dr. Rogério Haesbaert es un reconocido geógrafo que actualmente se desempeña como profesor de cursos de posgrado en la Universidad Federal Fluminense (Niterói, Río de Janeiro), la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de Tucumán. Tiene un posdoctorado de la Open University (Inglaterra), y es autor de libros como "El mito de la desterritorialización", "Vivir en el límite" y "Regional-Global" (todos traducidos al español). Recientemente ha recibido el premio Milton Santos al Mérito Científico, y muy gentilmente nos permitió un tiempo de su cargada agenda para responder algunas preguntas vinculadas a la temática del Dossier "40 años de Democracia en Argentina", la cual dio lugar para hablar de las democracias latinoamericanas en general.

*¿De qué manera y desde dónde puede contribuir la Geografía al fortalecimiento de la democracia, la conquista de derechos humanos, y el avance en materia de soberanía ambiental, territorial y económica?
¿Qué debates tenemos que dar desde la disciplina y las ciencias sociales?*

La Geografía, pienso y hablo como geógrafo, es un campo privilegiado para discutir democracia, derechos humanos y soberanía, pues no ve esos temas de modo abstracto sino más bien desde un modo concreto, en su realización espacio-territorial.

En primer lugar, una observación importante sobre estos términos, ya que debemos superar las visiones tradicionales y hegemónicas de:

- Democracia: no debemos limitarnos únicamente a la concepción de democracia liberal "moderna", donde la ciudadanía, como bien sabemos, tiene un valor mucho mayor para aquellos que representan los intereses del gran capital.
- Derechos humanos: trascendiendo la visión genérica y universal de "humano", ya que en realidad somos seres con diferentes clases socioeconómicas, etnias, géneros, capacidades físicas y edades, además de que estos derechos nunca pueden separarse de los derechos de la naturaleza.
- Soberanía: va más allá de la soberanía (y el consiguiente control territorial) que se deriva del Estado, como se indica en la pregunta misma, y se extiende a todas las dimensiones de la vida.

En relación a nuestra democracia, es necesario reconocer que no puede quedarse solamente como responsabilidad del Estado, el cual, por cierto, ha demostrado ser muy débil en este sentido, especialmente con el ascenso del conservadurismo y los movimientos de extrema derecha en todo el mundo en tiempos recientes. La Geografía nos permite demostrar que la democracia, en medio de principios fundamentales de universalidad, también es múltiple, al igual que las escalas geográficas de su construcción, que van desde lo local hasta lo global. No se trata simplemente de defender las conquistas alcanzadas (las cuales están retrocediendo en muchos países), sino de profundizar y crear alternativas para otras formas de participación democrática, con la movilización y participación popular en múltiples niveles, siempre traducidas en la responsabilidad y el compromiso con una mayor autonomía de nuestros territorios de vida.

Por lo tanto, defender y, sobre todo, profundizar la democracia y los derechos individuales y colectivos significa, en primer lugar, hablando geográficamente, considerar la desterritorialización como precarización social, que afecta a los más vulnerables, a los subalternizados de todas las clases, colores e identidades, pero especialmente a los afrodescendientes, a los pueblos indígenas, a las mujeres y a los niños. La verdadera democracia tiene que ver con la soberanía, pero no con la simple soberanía de empresas y Estados, ya que ninguna soberanía efectiva estará asegurada si no combatimos el centralismo autoritario y la enorme desigualdad socioespacial que han marcado históricamente a nuestra América Latina - o, como prefiero decir, inspirados en Arturo Escobar, a nuestra **Abya Yala/Afro/Latinoamérica**.

Entre los grandes debates que debemos enfrentar con las herramientas geográficas para reconstruir la democracia, la soberanía y los derechos humanos, destacaría:

1. La desigualdad socioespacial, en especial a lo que refiere a la distribución de renta, la movilidad y el acceso a la salud (que incluye alimentación y saneamiento) y educación (que incluye el acceso a las diversas fuentes confiables de información y a pedagogías críticas).
2. La violencia territorial que, a pesar de estar íntimamente vinculada con la cuestión de la desigualdad, tiene una intensidad única en el contexto latino-americano, debiendo ser discutida en relación a la apropiación de la tierra/naturaleza, las distintas ilegalidades y la acción territorializada del aparato estatal (profundamente asociadas con cuestiones de clase, género y cohorte generacional).
3. La interacción naturaleza-cultura, igualmente vinculada a las cuestiones de desigualdad y de violencia, sobre todo en lo que respecta a los efectos del patrón capitalista neocolonial extractivista dominante entre nosotros, y que implican considerar los “derechos más allá de lo humano”.

Finalmente, creo que todos nuestros grandes dilemas relativos a la democracia, soberanía y derechos humanos (que deben ser siempre, también, derechos de la naturaleza) no pueden estar circunscriptos a los límites territoriales de nuestros Estados y este es uno de los debates fundamentales que tenemos que encarar desde una perspectiva geográfica: las escalas de análisis y de acción transformadora, distinguiendo

lo que corresponde a responsabilidades de nivel local, de niveles regionales intranacionales, de niveles nacional, continental y global, y sus imbricaciones.

En diciembre Argentina celebrará el 40 aniversario de la “Vuelta a la Democracia”. Cuarenta años ininterrumpidos del ejercicio democrático que encuentran actualmente a la Argentina atravesando un período complejo. El contexto actual del país no sólo se dirime entre discursos que se disputan sentidos sobre las conquistas sociales de la Democracia y los Derechos Humanos, sino que además se encuentra condicionado por una fuerte crisis económica. Los mercados, y el Fondo Monetario Internacional una vez más impone su agenda ante las pocas reservas que dispone el país, sumado a una sequía histórica y un elevado índice de inflación que no hace más que profundizar la situación ya de por sí delicada. ¿Cómo es vista esta situación desde afuera? ¿Hasta qué punto se puede hablar de soberanía cuando un organismo internacional como el FMI condiciona los movimientos del gobierno de turno? Y aún más ampliamente ¿Qué diagnóstico puede hacer sobre la situación de América Latina en el actual contexto de disputa geopolítica y qué rol debería tomar?

No me considero calificado para hablar de la realidad argentina, aunque sea desde un punto de vista externo. Sin embargo, creo que hay algunos puntos en común en el actual contexto latinoamericano que pueden ser destacados, inclusive entre Argentina y Brasil, dos países claves para entender lo que pasa en el continente.

La crisis vivida hoy por la gran mayoría del pueblo argentino (no hablo “por Argentina” porque, como sabemos, la crisis en este espacio es vivida de modo profundamente desigual, por ejemplo, entre especuladores financieros, asalariados y desempleados) es una manifestación regional de crisis recurrentes de un sistema planetario fallido. Pensar en “soberanía” argentina – o colombiana, chilena, brasileña – es ignorar que estamos en un mundo interdependiente donde asociar soberanía estatal con autonomía me parece ampliamente inadecuado.

Ante el poder de entidades como el FMI, muy bien recordado en el enunciado de la pregunta, es comprensible sentirnos completamente impotentes, como un verdadero David contra Goliat. Sin embargo, resulta interesante observar que Argentina misma ha producido movilizaciones ejemplares, como los piqueteros y las ocupaciones de fábricas. En el caso de Brasil, que conozco mejor, se lograron conquistas significativas durante la elaboración de la Constitución de 1988 por parte de los llamados pueblos tradicionales, así como la consolidación del movimiento de los agricultores sin tierra, por mencionar algunos ejemplos importantes. Al igual que las crisis, la organización popular se desacelera y se expande dependiendo de las circunstancias políticas y económicas.

Creo que los cambios políticos en curso en países como Brasil, Chile o Colombia, con todas sus contradicciones, ofrecen un margen, aunque sea pequeño, para revertir el reciente retroceso de la democracia y de las políticas sociales. Un gran dilema es que no todos los países del continente experimentan

al mismo tiempo “ciclos” de mayor apertura o cierre, lo que dificulta tomas de posición conjuntas que refuercen intereses regionales tanto en el sentido de fortalecimiento mutuo como frente a las esferas globales. En estas circunstancias, hablar de reconstrucción de soberanías – nacionales o “de bloque” (en el caso del Mercosur o de otras instituciones de carácter sudamericano) – es aún más difícil. En este sentido, las próximas elecciones argentinas serán muy relevantes para fortalecer o debilitar estas condiciones para una mayor unidad de los intereses regionales.

Uno de los cambios que se viene desencadenando en las últimas décadas es que China asumió la posición de socio comercial principal en las economías de varios países latinoamericanos. Esto evidencia un nuevo cuadro geopolítico que podría representar alguna ventaja en la medida en que países con mayor poder de negociación como Brasil, México, Colombia y Argentina, pueden “jugar” con esta nueva condición frente a los antiguos socios como Estados Unidos o la Unión Europea. Sin embargo, el modelo chino no parece representar, por lo menos hasta aquí, una alternativa geopolítica consistente en la medida en que sobrevaloriza prácticamente los mismos intereses económicos extractivistas y, políticamente, con su autoritarismo, no es exactamente modelo para nuestras frágiles democracias liberales.

Los retrocesos conservadores y beligerantes de Estados Unidos y Europa también son extremadamente preocupantes y, en conjunto con sus políticas económicas, representan otro enorme desafío para los países del Sur Global, aún subordinados a esas antiguas hegemonías mundiales y sus intereses capitalistas. En el contexto del creciente ascenso global de la extrema derecha, en nuestro continente se ha exacerbado la imposición de Estados de excepción, con el éxito de autócratas como Nayib Bukele, lo que lleva a que El Salvador sea considerado casi como modelo político (en términos de seguridad) en todo el continente. Explotar el miedo de las masas precarizadas frente a la violencia es hoy en día uno de los principios básicos de la política regional, lo que precisa ser urgentemente cuestionado.

Una cuestión muy evidente hoy en día en nuestra **Abya Yala/Afro/Latinoamérica** es que estamos privilegiando, de manera completamente sesgada, el tema de la “soberanía” en un sentido simplista de “seguridad”, y no discutimos la autonomía (en todas sus dimensiones) y, al mismo tiempo, la interdependencia que son la base para construir la democracia y los llamados derechos sociales que de hecho queremos.

En síntesis, diría que soy bastante escéptico en el debate sobre “soberanías nacionales” y continentales desde arriba. Aunque reconozcamos que la disputa política debe ser realizada en todas las esferas, y que el papel del Estado no debe subestimarse de ninguna manera, debemos ser realistas y buscar, paralelamente a las disputas al interior del aparato estatal, formas alternativas de movilización social y lucha – más que por soberanía en el sentido tradicional, por autonomía en sentido amplio.

¿Cuáles son, a su entender, los desafíos que enfrentan los países de América Latina de cara al futuro inmediato y también a largo plazo en términos de soberanía, justicia social y justicia ambiental?

Tal vez sea posible resumir esos desafíos, algunos hasta aquí mencionados, en las siguientes cuestiones:

- Cuestiones socioeconómicas frente al aumento de las desigualdades socioespaciales y de la financiarización (que estimula la especulación inmobiliaria excluyente y somete a los pobres a través del endeudamiento), así como el enfriamiento de las políticas sociales redistributivas y el fortalecimiento de políticas de simple contención territorial (concepto desarrollado en el libro “Vivir en el límite” (2021) de la pobreza en espacios precarios;
- Cuestiones ambientales frente a la continuidad del patrón de acumulación neocolonial extractivista y a los cambios climáticos;
- Cuestiones político-culturales que involucran al neoconservadurismo en las costumbres y el monopolio de las redes sociales globales sin controles locales y con restricciones cada vez mayores al debate crítico abierto;
- Cuestiones político-militares especialmente evidentes en nuestro continente a partir de la difusión indiscriminada de la violencia, ya sea del narcotráfico, las milicias, el aparato policial estatal y/o el patriarcado dominante.
- Cuestiones geopolíticas más amplias relativas a la disminución del poder norteamericano y, paralelamente, al ascenso de China, y de un probable eje China-Rusia- India (además de los BRICS) en el escenario global.

Como la transformación solo podría darse en un plazo bastante largo a través de una profunda modificación en las mentalidades y, además, que estamos en una era de inmediatez individualista, consumista y acumulador, pareciera difícil pensar en alternativas prácticas de corto plazo. Confieso aquí mi pesimismo pero también, al mismo tiempo, mi fe en alternativas “desde abajo” que están tomando forma, especialmente en el caso latinoamericano, como si estuviésemos gestando aquí un verdadero laboratorio de territorialidades alternativas. Es fundamental creer en ellas y estimular esas brechas de indignación, crítica y proposición de nuevas formas de territorialización, especialmente aquellas surgidas de los movimientos sociales territorializados de las grandes periferias metropolitanas (como los piqueteros argentinos) y de los espacios de pueblos originarios o, en el caso de Brasil, comunidades tradicionales y agricultores sin tierra.

La visión de estos grupos sobre sus espacios como territorios integrales de vida y su compromiso en la elaboración de transformaciones no sectoriales, sino integradoras (una tarea de la cual el Estado neoliberal ha renunciado o delegado a grandes empresas), percibiendo nuestra vida inherentemente vinculada a nuestros espacios/naturalezas y nuestras distintas geografías, parece ser la única salida efectiva para la crisis civilizatoria que enfrentamos.

Este es uno de los puntos que me gustaría enfatizar, y que tiene mucho que ver con la Geografía: el desafío de pensar la vida - y el espacio - en esta dinámica integradora que no separa el sentir y el pensar, como en el "sentipensar" del sociólogo colombiano Fals Borda, pero al que yo agregaría el hacer - algo similar a lo que Giraldo y Toro llaman "afectividad ambiental". En tiempos tan duros y sombríos como los que vivimos, donde nuestra propia existencia en la Tierra está en juego, no hay duda de que la manipulación de los afectos y los deseos es una de las principales fuentes de poder. Debemos contraatacar sustituyendo este control de nuestros afectos, especialmente el miedo, por otros que realmente nos movilicen no solo hacia la reflexión crítica, sino también hacia el sentimiento de compartir y la acción colectiva transformadora. Autores como Paulo Freire y su pedagogía del oprimido deben ser releídos, ya que tienen mucho que decirnos al respecto. El papel de una educación descolonizadora es central en cualquier proceso político hoy en día. Sin cambiar conjuntamente nuestros afectos (inherentemente espaciales) y nuestras mentes, no podremos poner en práctica los territorios alternativos que anhelamos.